

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 9: ARTÍCULO 8 – DIOS EL ESPÍRITU SANTO



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación
3. Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios
4. Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador
5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo
6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo
7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo
8. Artículo 7 — Cristo como el juez de los vivos y de los muertos
- 9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo**
10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo
11. Artículo 10 — El perdón de los pecados
12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo
13. Artículo 12 — La vida eterna

9 LECCIÓN

ARTÍCULO 8: DIOS EL ESPÍRITU SANTO

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 9:

Estimado oyente, hemos llegado al artículo 8 del Credo de los Apóstoles. El cristiano confiesa, en el artículo 8 del Credo de los Apóstoles: «Creo en el Espíritu Santo».

Cuando el cristiano confiesa esto, ¿en quién y en qué cree? Con ello profesa creer en la persona divina que es llamada el Espíritu Santo. El nombre «Espíritu Santo» no solo es característico de la tercera persona de la Trinidad, sino que también explica su naturaleza. Él es el Espíritu Santo, el Espíritu de santidad. La Biblia habla del Espíritu Santo como Dios. Cuando Ananías mintió acerca del precio que recibió por su heredad, Pedro le dice: «Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo? ... No has mentado a los hombres, sino a Dios» (Hechos 5:3).

Ananías mintió al Espíritu Santo. Hizo parecer como si el Espíritu Santo hubiese movido su corazón a hacer lo mismo que Bernabé había hecho. Bernabé había vendido su heredad para ayudar a los hermanos y hermanas pobres en la fe. Ananías quiso imitar este acto y, como Bernabé, adquirir la reputación de ser un cristiano ejemplar. Sin embargo, no tenía el corazón de Bernabé. Fue engañoso con respecto a las ganancias de la venta de su heredad, pues se quedó con la mayor parte para sí mismo, aunque le dijo al apóstol Pedro que lo que le daba era el precio total de su heredad. Pedro entonces dijo que, al cometer este pecado, Ananías había mentado contra el Espíritu Santo. Él y su esposa cayeron muertos a los pies de Pedro. Este dramático acontecimiento muestra claramente que el Espíritu Santo no es ni el poder de Dios ni un agente divino, sino más bien, Él es Dios mismo.

Las Escrituras se refieren al Espíritu Santo como una persona. Se le atribuyen cualidades que solo pueden describir a una persona. Él conoce nuestras más profundas necesidades y deseos. Pablo dice, en Romanos 8:27: «Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu». El Espíritu Santo es descrito como teniendo voluntad: «Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como Él quiere» (1 Corintios 12:11). Es descrito como una persona de amor: «Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu» (Romanos 15:30). Todo esto no puede decirse de una fuerza impersonal. En la Biblia, el Espíritu Santo se nos revela como una persona que ve, oye, habla, da testimonio, glorifica, guía, convence, consuela, sella, asegura, revela, y mucho más. En resumen, la Escritura atribuye cualidades al Espíritu Santo que solo son aplicables a una persona.

El Espíritu Santo participó activamente en la creación y en la disposición ordenada del mundo. En Génesis 1:2, leemos: «Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas». El Espíritu Santo hizo del caos un mundo espléndido. Él, con el Padre y el Hijo, es el Creador de los cielos y la tierra. El Salmo 33:6, dice: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca». Aquí se llama al Espíritu Santo el Espíritu del aliento de la boca de Dios. Leemos de Jesús, cuando se apareció a sus discípulos después de su resurrección, que sopló sobre ellos para que recibiesen el Espíritu Santo: «Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo» (Juan 20:22).

Con base en este testimonio, la iglesia primitiva confesó, respecto del Espíritu Santo, en el Credo de Nicea, en el año 325 d. C.: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida; que procede del Padre y del Hijo». El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por una continua procesión divina, estableciendo el modo único de subsistencia del Espíritu Santo. Esta subsistencia está más allá de nuestra comprensión. La Biblia primordialmente quiere comunicarnos que la subsistencia del Espíritu Santo está siempre integralmente relacionada con el Padre y el Hijo. Eso es lo que la Escritura nos ha revelado respecto de la persona del Espíritu Santo.

Jesús llama al Espíritu Santo «el otro Consolador». La palabra «Consolador» (en griego *παράκλητος* [paráklētos]), significa «una persona que defiende a los oprimidos». Por tanto, podemos pensar en un ayudador o un abogado. El Espíritu Santo se compromete a favor de los creyentes oprimidos y sometidos a pruebas, cuando los afligen sus pecados y defectos, la ley de Dios, su propia conciencia, la muerte y la tumba, y especialmente el diablo. Entonces Él los consuela con Jesús, quien es la propiciación por nuestros pecados y el vencedor del diablo, de la muerte y del infierno.

El Espíritu Santo trae consuelo al pecador que se duele por el pecado. Muestra al penitente el amor sin límites del Padre y los méritos del Hijo. Enciende la esperanza y la fe en Cristo. Muestra que hay perdón en la sangre de Jesús. Sana las heridas y llagas del pecado con el bálsamo de las llagas de Jesús. Le dice al descarriado que es bienvenido para volver a su Dios y Padre. Fortalece al afligido con la fidelidad de Dios. Consuela al corazón cargado con las promesas de Dios. Nos hace sentir en nuestro interior el poder de la promesa: «Cuando pases por las aguas, Yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán» (Isaías 43:2). Enjuga las lágrimas del que llora. Y llena el corazón de gozo celestial. ¡Qué bendito Consolador es el Espíritu Santo!

Así, los hijos de Dios tienen un abogado que intercede por ellos en el cielo, a saber, Jesucristo a la diestra de Dios (1 Juan 2:1-2). Y tienen un abogado que reside en sus corazones, a saber, el Espíritu Santo.

Jesús llamó al Espíritu Santo «otro Consolador» (Juan 14:16), es decir, alguien distinto de sí mismo. La palabra «otro» aquí no significa alguien enteramente diferente de Jesús mismo, significa exactamente lo contrario. Jesús está diciendo: Aunque es diferente, sin embargo es de la misma clase que yo. Jesús se refiere a una persona que puede actuar en su nombre y que puede reemplazarlo. Todo lo que Jesús ha sido hasta ahora para sus discípulos —su Maestro, Consolador, Instructor, Señor, Dios y Salvador—, el Espíritu Santo lo será para ellos tanto ahora como en el futuro. El Espíritu Santo puede tomar el lugar de Jesús y ser el otro Consolador, porque está íntimamente asociado con Jesús y con su obra como Salvador.

La Biblia nos muestra continuamente la estrecha relación entre Jesús y el Espíritu Santo. Jesús fue concebido por el Espíritu Santo en el vientre de la virgen María. Leemos en Lucas 1:35: «Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios». Jesús fue bautizado con el Espíritu Santo al comienzo de su ministerio público. Lucas 3:21-22, dice: «Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre Él en forma corporal, como paloma». Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Lucas 4:1-2, dice: «Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo».

Durante todo el ministerio público terrenal de Jesús, el Espíritu Santo reposó sobre Jesús. El Espíritu Santo le capacitó para predicar el evangelio del reino de Dios. Jesús dijo, en la sinagoga de Capernaúm, que en Él se cumplía la profecía respecto del Mesías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres» (Isaías 61:1 y Lucas 4:18). El Espíritu Santo empoderó a Jesús para sanar a los enfermos y echar fuera demonios. Jesús dijo a los fariseos: «Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mateo 12:28).

Jesús se ofreció a sí mismo, por el Espíritu Santo, a Dios como sacrificio por el pecado. Hebreos 9:14 habla de «Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios». Jesús fue resucitado de entre los muertos por el Espíritu Santo. En Romanos 8:11, está escrito: «el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros». Todo lo que Jesús habló e hizo, lo habló e hizo por el poder del Espíritu Santo. Desde su nacimiento hasta el fin de su vida en la tierra, el Espíritu Santo estuvo sobre Él y con Él. Todo esto muestra la íntima relación entre la obra de redención de Jesús y el Espíritu Santo.

Sin embargo, especialmente después de que Jesús hubo dejado la tierra y ascendido al cielo, el Espíritu Santo está íntimamente asociado con Jesús y su obra redentora. Cuando Jesús habló a sus discípulos acerca de su regreso al Padre, ellos se entristecieron. Jesús los consoló con el mensaje: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre» (Juan 14:16). Jesús los dejaría, y ya no estaría físicamente presente con ellos. Sin embargo, no los dejaría huérfanos, porque vendría otro Consolador, una persona que siempre estaría con ellos, e incluso moraría en ellos. Jesús prometió: «Él mora con vosotros, y estará en vosotros» (Juan 14:17). Jesús permanecería con ellos por medio del Consolador. El Espíritu Santo tomaría su lugar como otro Consolador. Puesto que, sin embargo, el Espíritu Santo y

Cristo son uno, la morada del Espíritu Santo en los corazones de los creyentes sería, de hecho, la morada del mismo Cristo en sus corazones. Por eso Jesús pudo prometer: «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros» (Juan 14:18). Él vendría a vivir en ellos por el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es el autor del gran misterio del cristianismo, del cual leemos en Colosenses 1:27: «... que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria». Por eso Pablo podía decir: «más vive Cristo en mí» (Gálatas 2:20). La cercanía de Jesús por medio del Espíritu Santo es incluso superior a su presencia corporal. Jesús, por el Espíritu Santo, viviendo en el cristiano, es un vínculo aún más íntimo que su presencia física. El Espíritu Santo no es otro que Cristo en nosotros. Él reside en el corazón del creyente. ¡Qué glorioso huésped es el Espíritu Santo! Él hace a Cristo presente en el corazón.

La obra del Espíritu Santo es mucho más amplia de lo que podemos tratar brevemente aquí. Mencionemos sus obras más importantes. El Espíritu Santo es el autor de las Sagradas Escrituras. El apóstol escribe: «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» (2 Timoteo 3:16). La Escritura es inspirada por el Espíritu Santo, es decir, es exhalada por el Espíritu Santo. Aunque los escritores de la Biblia son personas falibles, todo lo que han escrito, lo han escrito bajo la guía del Espíritu Santo. 2 Pedro 1:21, dice: «Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo». El Espíritu Santo es el autor de todos los dones espirituales que poseen los creyentes. De todas las diferentes gracias espirituales que estaban presentes en la iglesia en Corinto, el apóstol dice: «Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu» (1 Corintios 12:11).

El Espíritu Santo sella en el corazón del creyente que él o ella es verdaderamente un cristiano. En Efesios 1:13, dice el apóstol: «En Él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en Él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa». La presencia del Espíritu Santo en los corazones de los creyentes es la prueba de que pertenecen a Jesús. Él los une con Jesús. El Espíritu Santo da testimonio con su espíritu de que son hijos de Dios. Romanos 8:16, dice: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios». Les concede la confianza de acercarse a Dios como su amoroso Padre.

Él guía a los creyentes: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios» (Romanos 8:14). Él es la prenda de nuestra herencia eterna: «que es las arras de nuestra herencia» (Efesios 1:14). Su morada [en el creyente] es la garantía de su bendita resurrección corporal: «Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Romanos 8:11). El Espíritu Santo vive en los corazones de todos los verdaderos creyentes: «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros?» (1 Corintios 6:19). El Espíritu Santo es Dios en nosotros. ¡Qué glorioso huésped! ¡Qué maravilla que el Espíritu Santo habite en corazones tan pecaminosos como son los nuestros!

Por encima de todo, sin embargo, el Espíritu Santo es la persona que se encargará de que la obra redentora de Cristo dé fruto. Él lleva la obra de Jesús a su plena realización y reúne para él una congregación escogida para vida eterna, de todas las generaciones, lenguas y naciones. Las Sagradas Escrituras se enfocan preeminentemente en hacer a los pecadores partícipes de la salvación que Cristo ha merecido. Este es el aspecto más importante de la obra del Espíritu

Santo. Jesús ha terminado su obra redentora y con ello ha merecido las bendiciones ricas, espirituales y eternas para su iglesia. Sin embargo, ¿cómo llegamos a ser partícipes de estas bendiciones? La respuesta bíblica es: por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo une al pecador con Cristo, y así lo hace partícipe de todos los beneficios de Cristo.

Jesús habló a sus discípulos acerca de la obra del Espíritu Santo, y les dijo cuál sería su ministerio. Dijo: «Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere; y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber» (Juan 16:13-14). Jesús dijo: «Él me glorificará». Estas palabras resumen el aspecto central de la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no se pone a sí mismo en el lugar de Cristo. Él no busca su propia gloria —lo cual es una señal evidente de un espíritu falso, sea lo que sea que pretenda ser. Jesús dijo del Espíritu Santo: «No hablará por su propia cuenta». Él engrandecerá y glorificará a Cristo en los corazones de los pecadores, para que conozcan cuán bendito Salvador y Redentor es Jesús.

Jesús también enseñó cómo el Espíritu Santo cumpliría esta tarea. Dijo: «Porque tomará de lo mío, y os lo hará saber». Jesús habla de recibir «de lo mío», es decir, todo lo que pertenece a Jesús, y por tanto todo lo que Jesús ha merecido. El Espíritu Santo aplicará todo esto a los creyentes. Él revela a las almas de los pecadores las cosas buenas del pacto de gracia, que el Padre ha provisto y el Hijo ha comprado. Nos muestra misericordia, gracia, perdón, justicia, aceptación ante Dios, y nos hace saber que Jesús ha adquirido todas estas bendiciones para nosotros.

No solo nos lo da a conocer, sino que nos concede fe para abrazar todo esto y hacerlo nuestro. Y así se cumplirá lo que Pablo escribe: «Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido» (1 Corintios 2:12). Jesús identifica esto como la gran obra del Espíritu Santo. Él nos hará beneficiarios de Cristo, y de todo lo que atañe a Él. Con este fin, el Espíritu Santo nos unirá, por la fe, a Cristo, y todo lo que pertenece a Jesús se convertirá así en nuestra porción.

Las bendiciones de Cristo, por tanto, no pueden separarse de Cristo mismo, y por ende no son obtenibles aparte de nuestra unión con Cristo. Es en Cristo y con Cristo que los beneficios de Cristo nos son otorgados. Pablo dice, en 1 Corintios 1:30: «Mas por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención». En Cristo, los creyentes son partícipes de todas estas misericordias. Así como toda nuestra miseria procede de nuestra unión con Adán, de igual manera toda nuestra salvación procede de nuestra unión con Cristo.

El gran teólogo de la Reforma, Juan Calvino, dijo lo siguiente acerca de esta tarea del Espíritu Santo: «Ante todo hay que notar que mientras Cristo está lejos de nosotros y nosotros permanecemos apartados de Él, todo cuanto padeció e hizo por la redención del linaje humano no nos sirve de nada, ni nos aprovecha lo más mínimo. Por tanto, para que pueda comunicarnos los bienes que recibió del Padre, es preciso que Él se haga nuestro y habite en nosotros». (Institución 3:1:1). El objetivo primordial del Espíritu Santo es glorificar a Cristo. Su voluntad es que la gloria, las virtudes, la excelencia, la gracia, el amor, la expiación, así como la victoria de Cristo sobre el diablo, la muerte y el infierno, y la tumba, sean proclamadas en el mundo. Él quiere que la gloria de Jesús sea conocida entre las naciones. Él se encargará de que Cristo sea predicado en el mundo.

Sin embargo, eso no es todo. También se encargará de que los pecadores crean en Cristo. El apóstol exclama con asombro: «E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria» (1 Timoteo 3:16). Jesús será creído en el mundo caído. El Espíritu Santo comenzará su obra con la resurrección espiritual o regeneración del pecador.

La Biblia declara que todo hombre en la tierra está espiritualmente muerto. El apóstol dice de los creyentes en Éfeso que una vez estuvieron muertos: «Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados» (Efesios 2:1). A los cristianos de Colosas les escribe: «Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con Él» (Colosenses 2:13). El hombre caído es carne, es decir, depravado, e incapaz de hacer algún bien, e inclinado a todo mal, y por tanto, incapaz y no dispuesto a creer en Jesús para salvación.

El apóstol escribe: «Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios» (Romanos 8:8). El hombre debe ser resucitado de esta muerte espiritual —es decir, de esta incapacidad y falta de voluntad para servir a Dios y creer en Cristo— y ser hecho dispuesto y capaz de acudir a Cristo para salvación. La Biblia llama a esto el nuevo nacimiento. Jesús dijo a Nicodemo: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3). Jesús le dijo a Nicodemo que sin la obra regeneradora del Espíritu Santo, un pecador no puede entender ni deleitarse en las cosas del reino de Dios. Pablo dice, en 1 Corintios 2:14: «Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios».

Todo verdadero cristiano estuvo una vez muerto en delitos y pecados. El amor de Dios y el dolor por el pecado eran desconocidos, no había necesidad de Jesús el Salvador, ni deseo de vivir conforme a los mandamientos de Dios. Todo cristiano tiene la historia de haber sido ajeno a Dios en su corazón. Fue el Espíritu Santo quien apartó sus corazones del amor al pecado y al mundo. A todo cristiano genuino, por tanto, le son aplicables estas palabras: «Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo» (Tito 3:4-5).

El Espíritu Santo obra en los pecadores una fe verdadera que los une a Cristo. Él acerca al pecador y al Salvador el uno al otro. Él hace que el pecador vea su necesidad de Jesús. Él hace a Jesús necesario y precioso para nosotros. Para lograr esto, hará lo que Jesús dijo del Espíritu Santo: «Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Juan 16:8). Cuando el Espíritu Santo viene a nosotros, Él hará una gran obra. Hará que los hombres a quienes Él viene, conozcan lo que es el pecado. Muy fácilmente decimos: «soy pecador», pero no sabemos lo que es el pecado. David supo y sintió lo que es el pecado. Confesó: «Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos» (Salmo 51:4). El pecado es la transgresión de la santa ley de Dios. El pecado es cometido contra un Dios santo y justo, que no dejará el pecado sin castigo. Cuando esto se vuelve real para nosotros, oraremos juntamente con David: «Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones» (Salmo 51:1).

En la conversión, el Espíritu Santo abrirá nuestros ojos a nuestro estado de perdición, y a los pecados que hemos cometido contra Dios. Obrará en nuestros corazones un dolor sincero por el pecado, y hambre y sed de la justicia de Cristo. Nos hará conscientes del peligro de la

perdición eterna de nuestra alma. Nos mostrará la terrible realidad de la ira santa de Dios contra el pecado.

Nos dirá y mostrará la verdad acerca de nosotros mismos. El Espíritu Santo resplandecerá con su luz en nuestros corazones, y nos pondrá al descubierto la depravación de nuestro corazón. Nos despojará de toda esperanza de auto-salvación, y hará que estemos de acuerdo con el profeta: «Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento» (Isaías 64:6). Sin embargo, su objetivo al abatir todo lo que se exalta en nosotros, es glorificar a Cristo dentro de nosotros. El Espíritu Santo tiene un solo objetivo, a saber, glorificar a Cristo. Él hará que Jesús sea necesario y precioso para nuestros corazones.

Él, por medio del evangelio, revelará al corazón del pecador contrito al Salvador que vino al mundo «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10; 1 Timoteo 1:15). Él hace que nos veamos a nosotros mismos en nuestros pecados y corrupciones, para hacer que veamos a Jesús el Salvador en su amor hasta la muerte; porque donde no se ve el pecado, no se busca a Jesús. Él hará brillar luz sobre la persona de Jesús y su excelencia, plenitud, idoneidad y capacidad para reconciliarnos con Dios. Nos hablará del poder de la sangre de Jesús para limpiarnos de todos los pecados, así como de su satisfacción de la justicia de Dios para librarnos de la justa ira de Dios. Él hará brillar luz sobre Jesús, y lo pondrá ante nosotros como un Salvador dispuesto, pleno y completo.

Hará que nuestro corazón contrito considere las invitaciones que salieron de la boca de Jesús, asegurándonos que «al que a mí viene, no le echo fuera» (Juan 6:37). Él consuela al corazón afligido con el mensaje: «El Maestro ha venido y te llama». Él encenderá una fe verdadera en nuestros corazones para abrazar a Jesús como Salvador, y para hacerlo nuestra justicia delante de Dios. El Espíritu Santo forja el vínculo bendito entre Jesús y un pecador. Hace que Cristo more en nuestros corazones por la fe. ¡Cuán indispensable es esta obra salvadora del Espíritu Santo, de manera personal y experiencial!

El Espíritu Santo glorifica a Cristo. No hará que la luz recaiga sobre Él mismo, sino sobre Jesús. Enfocará toda la atención en Jesús. Piensa en una hermosa pintura que está siendo iluminada por una lámpara. Nadie se fijará en la luz que ilumina la pintura, todos los ojos estarán puestos en la pintura misma. Esa es la naturaleza de la bendita obra del Espíritu Santo. Él hará que toda la atención se concentre en Cristo. Al hacerlo, hará que Cristo sea sumamente precioso para nuestros corazones, y nos hará partícipes de Cristo y de todos sus beneficios. Él nos enseñará a decir: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gálatas 6:14).

El Espíritu Santo permanecerá con la iglesia en la tierra. Jesús prometió: «Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre» (Juan 14:16). La iglesia nunca estará sin el Espíritu Santo. Esa es la gloria de la iglesia cristiana, y es la garantía de su existencia continuada. El Espíritu Santo es para la iglesia en su conjunto, y para cada creyente individualmente, como la columna de nube y de fuego de la cual leemos en Éxodo 13:22: «Nunca se apartó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego». A pesar de todas sus murmuraciones, y de todas sus infidelidades, la columna de nube y de fuego permaneció con el pueblo de Israel, hasta que entraron en Canaán. Dios llevará a cada uno de sus hijos al Canaán celestial. Él terminará lo que ha comenzado. Él ha prometido: «Estaré

contigo; no te dejaré, ni te desampararé» (Josué 1:5). El cristiano confiesa de todo corazón: «Creo en el Espíritu Santo».

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que haya sido de bendición para ti. Acompáñanos en nuestra próxima lección, donde trataremos el noveno artículo del Credo, en el cual confesamos: «Creo en la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos».